

**Carlos Zanón**

*Hotel Navidad*

**Carlos Zanón** (Barcelona, 1966), licenciado en Derecho, es poeta, novelista, guionista, articulista y crítico literario. Su obra poética está formada por varios libros, entre los que destacan la antología *Yo vivía aquí* (2012), que reúne poemas publicados entre 1989 y 2012 —procedentes de libros como *El sabor de tu boca borracha*, *Ilusiones y sueños de 10.000 maletas*, *En el parque de los osos* o *Tic Tac Tic Tac*—. Su último poemario es *Rock & Roll* (2014). Ha publicado también los libros de temática musical *Bee Gees: La importancia de ser un grupo pop* (1993) y *Willy DeVille: el hombre a quien Rosita robó el televisor* (2003). En el ámbito de la narrativa, ha sido incluido en diversas antologías de cuentos y ha publicado las novelas *Nadie ama a un hombre bueno* (2008), *Tarde, mal y nunca* (2009), *No llames a casa* (2012) y *Yo fui Johnny Thunders* (2014). Gracias a sus últimas obras, que han sido aclamadas por la crítica y el público, y que han recibido, entre otros, el premio Valencia Negra a la Mejor Novela del Año —*No llames a casa*— o el premio Pata Negra del Congreso de Novela y Cine Negro de la Universidad de Salamanca —*Yo fui Johnny Thunders*—, se ha convertido en uno de los referentes del género negro de la literatura española contemporánea. Es colaborador habitual como crítico literario y musical en diversos diarios y publicaciones nacionales.

*Para Steve Earle*

No se llamaba María. No era virgen. Pero, al parecer, tenía un bombo y estaba en mi hotel. Una pareja de lesbianas, clientes de toda la vida, Timón y Pumba, la flanqueaban con carita de perro bueno enfadado una y carita de perro idiota enfadado la otra. El neón del hotel tenía apagadas las vocales, con lo que como estrella de Navidad no daba la talla. Nadie la daba aquella noche. Sonaban villancicos en la calle y abajo, en el salón. Siempre celebrábamos la Nochebuena con los clientes que no tenían dónde ir. Lo celebrábamos cuando mi segunda mujer estaba commigo. Y lo seguiríamos celebrando ahora que no lo estaba. Ni tan siquiera cerraron la puerta tras de ellas. Allí las tenía, en mi habitación personal, la 221, como gallinas envalentonadas ante el zorro enfermo, desdentado.

—¿Qué queréis que haga yo?

—No sé, tú dirás —dijo Timón.

—Tú tienes amigos, conoces gente —dijo Pumba.

—¿Gente para qué?

—No te adelantes. Igual no quiere perderlo —corrigió Timón a Pumba.

Si aquellas dos me habían traído a María para que abortara en mi hotel lo tenían claro. Ya no se hacían esas cosas aquí. Hacía años que no alquilábamos habitaciones al siniestro doctor y sus chicas tristes con tristes jerséis de lana. Estaba viejo y cansado. Para todo y especialmente para co-

sas como esas. Y Alberto, el matasanos que podía hacerlo, seguro que lo estaría mucho más si es que aún estaba vivo o en libertad.

—Y tú ¿qué? ¿No dices nada?

Aquella chica apenas hacía unos meses que trabajaba para mí. Era limpia sin excesos y tan discreta que más parecía autismo que una virtud. Un bucle rojo le tapaba la cara. No recordaba su nombre. Temía equivocarme. —¿Mónica?—. Timón y Pumba escudriñaban cada una de mis reacciones.

—No entiendo nada. ¿Alguien puede decirme de qué va todo esto?

—Díselo —dijo Timón.

—Si no se lo dices tú se lo digo yo —amenazó Pumba.

—¿El qué me ha de decir?

—El niño que lleva en sus entrañas es tuyo.

Las miré sin saber si reírme o empezar a gritarles hasta que se desbocaran escaleras abajo. ¿Qué era aquello? ¿Una broma? ¿Una trampa? Jamás había tocado a aquella chica. Ni a ella ni a ninguna otra desde que mi segunda mujer llegó, vio, venció y se largó. Antes sí. Pero cuando la conocí prometí serle fiel y lo cumplí. Quizá por eso me dejó. En el fondo a nadie le gustan los perros ni su lealtad.

—No me toquéis las pelotas. ¿Qué coño es esto?

—Ya te lo hemos dicho.

—Uno ha de responsabilizarse de lo que hace.

Con aquellas dos era imposible hacerse entender. Lo grave era si la chica —¿Isabel? ¿Ana Mari?— iba largando esa mierda para salir del apuro, para sacar dinero, para cubrirse las espaldas. Podía hasta denunciarme. Hoy en día da igual cómo acaben las cosas. Lo que importa es el ruido que haces al empezarlas.

—¿Tú vas diciendo eso? ¡Contesta, por el amor de Dios! Decidí aflojar.

—¿Cómo te llamas, niña?

—Ni sabe cómo se llama. Se la ha ido tirando y ni sabe su nombre.

Levanté la mirada y se la clavé a la que había dicho eso. Pumba, para ser exactos. Mi equilibrio había sido precario todo aquel día de Nochebuena. Trataba de que la araña de la pena que tenía instalada en el estómago se despertara lo más tarde posible. Por eso no iba a permitir que ese par de viejas chochas me robaran dos o tres horas de mi limbo zen conseguido a base de química y Cardhu.

—A ver, dime tu nombre. Perdona que no me acuerde. Cambiáis tanto que no retengo los nombres.

—Liz —contestó. Una voz casi inaudible. Como de escape de gas.

—Liz es Elisabeth, ¿no?

—Sí.

—Antes de nada, Liz; ¿puedes decirle a esas dos que ese hijo que estás esperando no es mío?

La chica calló. No iba a dejar de mirarla hasta que dijera algo. A poder ser, la verdad.

—¿Tú y yo hemos follado alguna vez, chiquilla?

Tardó unos segundos, pero acabó por mover negativamente la cabeza. Timón y Pumba no entendían nada, se excusaban, no sabían si ir a por mí o a por ella. Parecían sorprendidas y decepcionadas de un modo inconsolable. Traté de llegar a algún sitio.

—¿De cuánto estás?

—Tres, cuatro, cinco meses. No lo sé seguro.

No lo parecía en absoluto. Para nada. Su vientre estaba liso como una mesa. Igual estaba loca. No era la primera

mudita que lo era porque en el fondo estaba ida y las palabras no habían hervido al mismo fuego que el resto del cuerpo. Mi primera mujer era una de esas. Ahora lo sé con certeza. Es curioso que me diera cuenta cuando ya había desaparecido de mi vida. La cotidianidad hace que veas las rarezas de quien comparte contigo la vida como algo normal. Pasa con tus abuelos, con tus padres. También con quien comparten mesa y cama. Luego llega el día lúcido y ves. Y tampoco eso arregla nada. Muy al contrario. Lo llaman certezas, una puta basura.

—¿Lo saben tus padres? ¿Tienes padres?

—No.

—¿A qué me has contestado? ¿A la primera o a la segunda pregunta?

—No lo saben. No son de por aquí.

—¿Qué quieres hacer?

—¿Quién es el padre? —interrogó Timón.

—Da igual quién sea el padre —contesté—. Me basta con saber que no es mío. ¿Quieres perderlo? Habla con tu gente, con tu novio, con el médico. Te ayudarán. Yo no puedo. Aunque si estás de mucho, poco van a ayudarte.

—Pero el hijo es suyo —soltó Liz.

No dije nada. Consulté la hora en mi reloj de pulsera. Quedaban cuatro horas para la cena. Si afinaba el oído podía escuchar los preparativos de la cena. El ruido de los platos, los villancicos cantados por gente ya muerta hacía casi un siglo, la sensación de desolada espera que precedía a la cena con los naufragos de aquel hotel. Demasiado tiempo para llegar derecho, sin ganas de llorar o morirme o marcar el número de mi exmujer y rogarle que una vez se hubiera cansado de follarse a ese hijo de perra volviera conmigo, a llenar mi vida con las migas de pan y cariño tal y como

ella hacía, día a día, noche a noche. Quizá lo nuestro ya no era pasión. Tampoco amor. Pero lo que fuera me bastaba para no sentirme tan desgraciado, tan solo y desesperado y enloquecido, al alcance de situaciones como esa. Timón y Pumba esperaban que dijera algo. Parecían tan desconcertadas como yo. Pero lo que hice fue empujarlas fuera de mi habitación y cerrar la puerta con llave. Liz estaba temblando, en medio de la estancia. Le acerqué una silla. Se sentó. Yo tomé otra e hice lo propio. No quise ponerme frente a ella para que no asemejara un interrogatorio. Estaba loca. Al menos sobre eso ya no había ninguna duda. Apagué las luces. Lo hacía con mi primera mujer. Eso la tranquilizaba. Pasaban los minutos y ella empezaba a hablar con su voz ronca, alejada del cuerpo que la emitía. En aquella ocasión no era una oscuridad total debido al neón sin vocales, a los adornos que Timón y Pumba habían colocado en las ventanas. Los villancicos seguían llegando hasta nosotros, amortiguados, casi inaudibles. Me mesé los cabellos, tapé mis ojos con las manos y esperé. Que ella hablara. Que exhibiera un trozo de hilo del que yo pudiera estirar poco a poco toda la madeja. Una certeza, una esperanza, un teléfono. Pero sabía que no diría ni una mierda, y así fue.